

ra palabra de las oraciones, se ha traducido el Ordinario de la Misa guardando el sentido literal en todo, á excepcion de algunos lugares en donde para mayor claridad se hace una breve paráfrasis; y se coloca despues de las cinco Instrucciones preparatorias, por ser el lugar mas oportuno y propio.

**INSTRUCCION**  
**SOBRE LA UTILIDAD Y NECESIDAD**  
 DE SABER  
 LAS ORACIONES Y CEREMONIAS  
 QUE COMPONEN  
**LA LITURGIA.**

EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS,  
 cap. 9. v. 13. 14.

*Si la sangre de los machos de cabrío,  
 y de los toros santifica á los inmundos,  
 ¿ cuánto mas la sangre de Cristo  
 limpiará nuestra conciencia de obras  
 de muerte?*

No es de admirar que los Ministros de la palabra santa se considerasen obligados en los primeros tiempos del Cristianismo á comparar los sacrificios de la ley



de Moysés con el de Jesu Cristo, supuesto que era indispensable instruir á los fieles en los principios sobre que se apoyaban la fé y la confianza, y desprender á un pueblo carnal de las ceremonias legales para irle conduciendo á las disposiciones que exige una víctima espiritual y divina; pero ahora que han mudado del todo las circunstancias, ofenderiamos ciertamente á los Cristianos si nos valiesemos de los mismos motivos para despertar su fé dormida, y traxemos á su memoria las hostias de una ley muerta para hacer un paralelo de ellas con la víctima viva y verdadera. En efecto, aunque nuestra fé no sea la mas ilustrada, es bastante con todo para conocer la diferencia inmensa que la dignidad del Ministro, la excelencia de la víctima, y el valor del sacrificio constituyen entre una y otra oblation; pero si esta comparacion constantemente seguida resulta toda en favor del sacrificio de la ley nueva, temo mucho que otra que se deduce de ella por necesidad resulte en honor del pueblo Judío, y en oprobrio y confusion de los Cristianos. Aquel religioso temor que manifestaban in los Judíos, quando partici-

paban de las oblationes, el respeto con que miraban el templo del Señor, y su vigilancia para conservar la pureza que habian adquirido, condenan la indiferencia que muestran los Cristianos para el santo Sacrificio de la Misa, su irreverencia, la poca disposicion con que se presentan en la mesa del altar, y el ningun fruto que sacan de la participacion del pan de los Angeles.

Esta comparacion os parecerá muy sensible en la serie de Instrucciones que voy á ofrecer á vuestra consideracion. En cada una de las oraciones y ceremonias de que se sirve la Iglesia quando ofrece el Sacrificio del altar, tendrémos ocasion para llorar la debilidad de nuestra fé; y viéndola animada del espíritu de recogimiento y confianza, traeremos á la memoria nuestros descuidos, nuestra tibieza, y quizá nuestras irreverencias y profanaciones. Esta verdad nos pondrá delante, hermanos míos, reflexiones muy útiles. Cada oracion, cada circunstancia del Sacrificio nos ofrecerá materia para diferentes instrucciones. En ellas descubriremos muchas obligaciones olvidadas, y muchos recursos abandonados, y ve-



rémos con admiracion que hasta este dia no hemos sabido aprovecharnos del espíritu que anima las oraciones que recitamos, y las diferentes ceremonias del Sacrificio.

El órden que me prescribo para tratar esta materia es el mismo que establece la Liturgia. Describiré para vuestra instruccion los usos antiguos, y explicando los que se han transmitido hasta nuestros días, os haré conocer, para vuestro consuelo, que el espíritu de la Iglesia no se ha mudado con su disciplina; y que si el tiempo y las circunstancias han introducido en ella alguna variacion, nada ha podido influir en lo esencial de su culto, porque proviene de la fé, que es tan invariable en sus fundamentos, como en sus dogmas. Pero ántes de entrar en una materia tan extensa y profunda, penetrémonos de los motivos que hacen necesaria esta instruccion, de las disposiciones que exige este cuidado, y de los frutos que debemos esperar.

No voy á enseñaros verdades desconocidas, porque habiendo sido tratada esta vasta materia por escritores tan sólidos como piadosos, tendreis sin

duda toda aquella instruccion propia de un Cristiano; pero á lo ménos procuraré deducir de estas verdades aquellas conseqüencias que sean mas conducentes, segun el estado de vuestras disposiciones y costumbres. Este no será un exâmen de pura curiosidad sobre el culto que exige este tremendo Sacrificio, sino una simple exposicion de los usos antiguos, y de su espíritu; de los ritos nuevos, y del sentido que ofrecen á nuestra fé, en la qual seguiré puntualmente la doctrina de los Padres de la Iglesia, que son la luz que debe alumbrarnos quando se trata de las cosas de la religion. En fin, evitaré con todo cuidado ese espíritu de misticidad mas piadoso que ilustrado, que viendo misterios por todas partes, no nos ofrece sino aplicaciones falsas ó equívocas. La fé es muy simple en sus principios, y ella nos persuade que no nos es lícito permanecer en la ignorancia del culto exterior, inseparable de la oblation del Sacrificio: que asistiendo diariamente á unas ceremonias tan santas, tan antiguas y significativas, haríamos del mas tremendo misterio una costumbre de pura rutina, si llevase-



mos un espíritu de indiferencia, y de disgusto: que no basta instruirse en general del fondo de este misterio, si abandonamos la aplicacion continua que la Iglesia hace de él en sus oraciones y ceremonias; y en fin, que la poca devocion con que recitamos estas oraciones, proviene de no considerar la relacion que tienen con el Sacrificio. Por otra parte el Apóstol San Pedro nos dice, que en qualidad de Cristianos hacemos todos un Sacerdocio; y por tanto debemos saber, y meditar estas verdades santas, no sea por falta de su conocimiento nos veamos expuestos á participar del terrible anatema que fulmina Dios, por la boca de su Profeta, contra los Sacerdotes ignorantes y descuidados de la ley antigua, diciendo: *ya que habeis abandonado la ciencia, no os mantendré en el Sacerdocio.*

No es posible, no, unirse al Ministro que ofrece el Sacrificio, y ofrecer con él la víctima adorable, sin saber el origen, sucesion y el misterio de cada una de las oraciones de la Liturgia. Es verdad que hay muchos Cristianos que lo ignoran, y que sin

embargo asisten con fruto al santo Sacrificio de la Misa, porque las oraciones de la Iglesia presentan de un modo tan sencillo el sentido espiritual que contienen, que basta leerlas para comprehenderle. Hay otros Cristianos que desde su juventud han tenido la instruccion conveniente en esta materia, y que concurren al templo con devocion y con interes; pero estos á proporcion de sus conocimientos disfrutan los consue- los, y así no les hablaré aquí de las disposiciones que se requieren para estudiar las oraciones y ceremonias que componen nuestra Liturgia. Hablo solamente con aquellos que carecen de estos principios, y que distraidos con los objetos seductores del mundo, han adquirido cierta incapacidad de presenciar con devocion el tremendo Sacrificio. A estos pues les voy á enseñar unas verdades, que por su desgracia han ignorado hasta el dia; pero ante todas cosas les diré que la fé y la docilidad son las primeras y mas esenciales disposiciones que se requieren. El espíritu de curiosidad está muy distante de este estudio: los primeros fieles honraban el Sacrificio, no solo con



su presencia, con su recogimiento y confianza, sino tambien con un silencio profundo y respetuoso sobre los ritos y usos establecidos por los primeros Pastores. Ellos estaban muy distantes de ese espíritu de contencion y de disputa, que de un misterio que es la expresion mas sensible de la caridad de nuestro Dios, ha hecho un principio de division y de sofisma; y conformándose sobre su esencia se reunian tambien sobre el modo de participarle. Nosotros, á su exemplo, procuraremos no despertar aquí esas quëstiones que se han agitado en éstos últimos tiempos, y si todavía existe algun vestigio de ellas, nos prometemos acabarle de arruinar con la exposicion simple de la doctrina de los Padres y del Espíritu de la Iglesia. Dejarémos á un lado otras quëstiones útiles en sí mismas: pero que pertenecen mas á los Ministros que á los fieles, y en una palabra, nos ceñirémos á edificar é instruir únicamente, á reformar los abusos, á establecer las reglas, á animar la fé, y sostener el fervor.

¿Pero cuál es el fruto que debemos buscar en esta Instrucción? Primeramente debemos afirmarnos en la fé de

este misterio, al qual se refiere toda la Liturgia, teniendo presente que las oraciones y ceremonias de ella se refieren asimismo á un Dios Sacerdote y Santificador, que ofrece, y que es inmolado: á una víctima expiatrix de nuestras culpas: á un Dios que está en el Altar como hostia, y que á el lado de su Padre exerce las funciones de intercesor: á un Dios que hace consistir sus delicias en habitar con los hijos de los hombres, y que ocupa el primer lugar á la derecha del Padre: á un Dios abatido en la Eucaristía hasta el punto de ser nuestro alimento y elevado sobre los mismos cielos por los derechos que le da su misma Divinidad.

En segundo lugar debemos conformarnos á las disposiciones que nos inspiran las oraciones y ceremonias. La fé, la contricion, la confianza, la vigilancia, la humildad, la oracion, y todas las demas virtudes cristianas se hallan trazadas en el plan que tiene adoptado la Iglesia para ofrecer el santo Sacrificio de la Misa. En efecto, en él verémos un compendio de toda nuestra religion y de nuestros misterios: una idea de las obligaciones que nos impone el



Evangelio: una muestra, en alguna manera, de todas las promesas que nos hace la fé; y un gusto anticipado de la gloria y de la felicidad que la misericordia de Dios nos destina. Un Cristiano que se instruye en el sentido y el espíritu de estas ceremonias, encontrará siempre motivos para ilustrar su espíritu y alimentar su corazon.

En tercer lugar, debemos adquirir un espíritu habitual de sumision y de paciencia. Quando lleguemos á conocer la fuerza y la energía de los términos consagrados por la Iglesia para la oblacion de este Sacrificio, nos persuadirémos, que así como Jesu Cristo no se despoja jamas de la qualidad de víctima, tampoco debemos nosotros perder de vista que nos ofrecemos juntamente con él; y que si despues de la oblacion del Sacrificio y de la consumacion de la víctima por la comunión, Jesu Cristo perpetúa en alguna manera la oblacion y la víctima, á fin de que el Cristiano pueda en todos los instantes del dia hallar su consuelo, su alimento, y su fuerza en sus necesidades mas apuradas; de la misma manera no pueden limitarse nuestros sentimien-

tos á una union pasagera con esta víctima adorable, sino que en todo tiempo, en todo lugar, y en toda circunstancia nos hemos de mirar como hostias destinadas á una continua inmolacion, y renovar dentro de nosotros las disposiciones que la Iglesia nos ha inspirado en las ceremonias y oraciones de la Misa.

Tales son las principales ventajas que podemos prometernos de una constante aplicacion para meditar los misterios que se celebran. He dicho las principales ventajas, porque de este espíritu de fé resultan abundantes recursos, y consuelos muy sensibles. Ya no hay amarguras, ni tentaciones, ni tribulaciones capaces de alterar el ánimo de un Cristiano que se ha hecho sacrificador con Jesu Cristo, y víctima en Jesu Cristo: al contrario su corazon lleno de alegría encuentra facilidad para cumplir todas sus obligaciones, y se halla siempre dispuesto para las prácticas de la Religion, por mas duras que parezcan. Formemos por tanto la resolucion de aplicarnos en adelante á este estudio con el mayor esmero, sacrificando en su obsequio los instantes mas preciosos. Por



mi parte procuraré corresponder á la importancia de la materia, y confio que vosotros me escuchareis con espíritu de piedad, y de fé, para aseguraros el fruto de estas Instrucciones, á fin de que desde la vida presente voleis á gozar de la bienaventuranza. Así sea.

## INSTRUCCION

SOBRE LA EXCELENCIA

DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS.

cap. 13. v. 10.

*Tenemos un Altar, del qual no tienen facultad de comer los que sirven al Tabernáculo.*

DEXEMOS al Judío carnal el aparato de sus pomposas ceremonias, y el espectáculo brillante de decoraciones magníficas. Dexémosle que ostente á la faz del universo un templo, que por su estructura y su grandeza ha sido una de las maravillas del mundo: que sea la admiracion de sus naciones vecinas por el orden de sus Sacrificios, por la magestad de sus ceremonias, por el número de sus Sacerdotes y Levitas, por la riqueza y



magnificencia de los vestidos de sus sacrificadores: anuncie enhorabuena la grandeza del Dios que adora con las innumerables víctimas que ofrece á su Magestad suprema, con la armonía de sus cánticos, con la uniformidad de su culto: dexémosle, repito, que ostente todo esto. Nosotros, que nos limitamos á adorar á un Dios oculto, á inmolar una víctima invisible, y á ofrecer un Sacrificio incruento, no hecharemos de ménos ni esta pompa, ni la magnificencia de este aparato, y llenos de confianza dirémos con el Apóstol: para recompensar esta muchedumbre de víctimas tenemos una sola Hostia: para reemplazar este templo un solo Altar: para substituir á todos estos sacrificios una sola oblation; pero una Hostia tan viva, un Altar tan santo, y un Sacrificio tan puro, que todas las purificaciones legales serian insuficientes para que los sacrificadores de la antigua ley participasen de la oblation que ofrecemos á nuestro Dios. Tanta es, hermanos míos, la superioridad de nuestro grande Sacrificio; pero no gozaremos sin embargo de sus ventajas, si no llevamos las disposiciones que exige la

excelencia y la santidad de la víctima que ofrecemos. Sin embargo, ¿no asisten á la oblation que la caridad hace de sí misma á su Padre los corazones mas frios y lánguidos? ¿No participan de la Hostia que se ofrece por el pecado las almas mas criminales y corrompidas? Muy inferiores en esto al Judío carnal, y léjos de honrar en espíritu y en verdad una víctima que es espíritu y vida, apenas puede decirse de nosotros á título de elogio, lo que Jesu Cristo decia de este Pueblo para reprehenderle; á saber, que á lo ménos honramos á nuestro Dios con los labios. Este sin duda es un homenaje reprobado; pero el Pueblo Judío nos daba este exemplo para conducirnos al homenaje interior, espiritual y profundo que exige el misterio mas augusto, y la oblation mas santa. Penetrémonos pues de la excelencia de esta oblation para llegar á conocer el objeto de las ceremonias de la Misa.

Un Sacrificio que desde el origen del Cristianismo se ofrece en todos los lugares, en todos los tiempos, y que debe existir hasta la consumacion de los siglos: un Sacrificio que se ofrece por



todas las necesidades, que está destinado á borrar todos los pecados, y que reúne en sí toda suerte de oblationes: un Sacrificio del qual participan no solo los miembros de la Iglesia Militante, sino tambien los ciudadanos del cielo, y los tristes habitantes del purgatorio: un Sacrificio en que todo es santo: un sacrificio que reprueba todas las otras oblationes, que desecha todos los demas Sacrificios, que anula las demas ofrendas, y que absorbe en sí solo todo el mérito, toda la adoracion y los homenajes que son debidos al Ser Supremo; ¿no es el Sacrificio por excelencia, el que merece solo este nombre, y el que contiene todos los efectos de un verdadero Sacrificio? Pero esta sola es una reseña de las propiedades que los Padres, y los Santos Doctores atribuyen el Sacrificio de la Misa, como podreis reconocerlo en las ceremonias que vamos à explicar. Recorramos pues estas diferentes prerogativas para tomar una idea de la grandeza de la oblation.

Este Sacrificio se ofrece en todo lugar, segun la célebre Profecía de Malachias. Por tantas quantas partes se extiende la Iglesia de Jesu Cristo, y

se adora su nombre, y se observa su religion y su moral, los Sacerdotes consagrados por la misma uncion, herederos del mismo poder, revestidos del mismo caracter, dirigen á Dios las mismas súplicas, le hacen la misma ofrenda y vierten la sangre de la misma víctima. Aunque los Pueblos se diferencien por sus climas, por sus leyes, por sus costumbres, en este punto se reúnen todos, y forman aquella maravillosa armonía de voces que oyó San Juan en espíritu, en la isla de Patmos, que cantaban, diciendo: *Santo, Santo, Santo es el Dios de los exércitos, el Señor Dios omnipotente: bendicion, y honra, y gloria, y poder, en los siglos, de los siglos, al que está sentado en el trono, y al Cordero.*

Este Sacrificio se ofrece en todo tiempo, y aun pudiera decirse á toda hora del dia, porque la diversidad de climas, y las diferentes revoluciones del astro que nos ilumina, no parece que han sido determinadas sino para perpetuar esta augusta oblation, de manera que quando dexamos en un Reyno, en una Provincia de ofrecer la Víctima Eucarística, nos suceden otros Sacerdotes en



estas funciones terribles en los demas Reynos del mundo. Nuestros cánticos no padecen ninguna interrupcion, ningun reposo, y la Iglesia de la tierra, como la del cielo, nos acuerda sin cesar que la virtud, la fuerza, y el poder pertenecen á nuestro Dios, y á la Víctima que se ofrece en el Altar.

Este Sacrificio se ofrece desde el origen del Cristianismo, es decir, desde que Jesu Cristo dixo á sus Apóstoles: *Haced esto en memoria de mí.* No hay un momento en que no pueda mostrarse en los Apóstoles, y sus sucesores la observancia mas perfecta de esta institucion saludable. La tradicion obscura en algunos puntos de la disciplina antigua nos presenta en éste sin interrupcion los monumentos mas sólidos y luminosos. San Pablo nos dice que habiendo recibido estas instrucciones del Señor, las transmitió á los fieles de Corinto. Los Apóstoles, los Discipulos, los Pontífices, los Mártires, y los Doctores nos hablan de siglo en siglo de este Sacrificio como de una oblacion universal y perpetua, y como de un misterio que se renueva sin cesar en la Iglesia, y que se perpetuará

hasta que llegue á consumarse en la eternidad.

Este Sacrificio debe durar tanto como los siglos. Enhorabuena que la Iglesia suspenda los usos mas santos, si lo exigen así las circunstancias y los tiempos. En un siglo dexará abolidas muchas prácticas que ha observado religiosamente en otros, porque las necesidades, ó las disposiciones de sus hijos no son siempre las mismas; pero jamas hace variacion en la oblacion del Sacrificio, ni sufre que se altere su esencia; y quando añade ó quita algunas oraciones de su Liturgia, tiene siempre cuidado de conservar la pureza del dogma de este misterio, á fin de que los fieles de todos los siglos, uniformando sus prácticas á la inefable santidad del Sacrificio, puedan unirse en un punto que se dirige á la salvacion, y á dar á Dios la gloria que deben todos los hombres.

Este Sacrificio se ofrece por todas las necesidades, y está destinado por su institucion á conseguirnos gracias innumerables en qualquiera línea, es decir: gracias espirituales que consisten en la contricion del corazon, en la detestacion



del pecado, en el amor de la justicia, y en la vigilancia, la fidelidad, y la fuerza de que necesita el Cristiano para cumplir los mandamientos divinos. Aquí encuentra su consuelo en los trabajos, la paz en las agitaciones, y el consejo en la perplexidad: aquí encuentra las armas para defenderse y hacer frente á las seducciones que le presentan la carne y la sangre: aquí encuentra gracias temporales, porque Jesu Cristo no se desdeña de presentar á su Padre los votos que tienen por objeto los bienes de este mundo, quando la codicia no los dicta, ó quando los acompaña la humildad. Las necesidades universales de la Iglesia, y de sus hijos: las necesidades particulares de nuestros amigos, de nuestros padres, de nuestros deudos, de nuestros señores, de nuestros inferiores, de nuestros iguales, de nuestros enemigos: las necesidades de las almas que nos han precedido, y gimen por algun tiempo baxo el peso de la Justicia Divina; y en fin, nuestras necesidades personales, de qualquier naturaleza que sean, todo está contenido en el mérito de la oblacion que Jesu Cristo hace de sí mismo.

Este Sacrificio está destinado á borrar todos los pecados. Ya no necesitamos de la sangre de los becerros, ni de los machos de cabrío: ya no depende nuestra justificacion de la aspersion que debe hacer el gran Sacerdote: ya no estamos obligados á buscar para cada pecado particular una víctima que sea propia quitar la mancha: nosotros tenemos en la única víctima que se ofrece en el Altar, una superabundancia de méritos que se extiende á todas las enfermedades del alma. Las llagas de nuestro orgullo se curan, meditando la profunda humildad de Jesu Cristo: nuestra refinada sensibilidad, considerando la mortificacion, y la penitencia á que quiso sujetarse voluntariamente: nuestro amor á los bienes de la vida, con la desnudez, y abnegacion universal que se impuso: nuestra ira, con la dulzura del Cordero que se sacrifica: nuestros odios y venganzas con las funciones que exerce de mediador, y de conciliador: nuestra irreverencia é inmodestia en su templo, con la adoracion profunda que hace á su Padre: esa muchedumbre de distracciones que nos asaltan quando oramos, con las súpli-



cas que este poderoso intercesor presenta sin cesar por nosotros. Por tanto desde el interior de su Tabernáculo nos dice á grandes voces: *Venid á mí todos los que estais oprimidos baxo el peso de vuestras miserias, y os aliviaré.*

De este Sacrificio participan todos los miembros de la Iglesia Militante, qualquiera que sea su condicion, su estado, y sus obligaciones. El Sacerdote encuentra en este Sacrificio el espíritu del Sacerdocio: el Militar la fuerza para los combates: el Príncipe la sabiduría para gobernar: el Magistrado el espíritu verdadero de las leyes: el mercader la rectitud, y la probidad: el artesano la actividad y la paciencia: el esposo la dulzura y la caridad: el padre la vigilancia; el hijo la docilidad, y la virgen el vino que engendra en ella la pureza y la modestia cristiana. La Iglesia en las sangrientas guerras que sostiene contra los enemigos de su dogma, ó de su moral, saca de este Sacrificio las armas para defenderse de sus asaltos violentos. De aquí sacan los Mártires la intrepidez en los tormentos: los Confesores el valor para hacer

la profesion de su fé: los Doctores las luces necesarias para ilustrar á los Pueblos, y confundir la heregía: los penitentes la detestacion del pecado, y la confusion de sí mismos: los justos el espíritu de fidelidad para cumplir los divinos preceptos. Aquí se llenan el espíritu y el corazon de gracias vivificantes: aquí se amortiguan las pasiones, se mudan las inclinaciones, y se rectifican los deseos: aquí en fin, es donde Jesu Cristo se hace todo para todos, y derrama como cabeza en todos los miembros el espíritu que los anima.

De este Sacrificio participan los elegidos en el cielo, pero no de un modo sensible, exterior, y visible, qual conviene solo á las criaturas corporales, sino de un modo real, eficaz é inefable, propio de la oblacion que nos purifica, y que les ha purificado á ellos mismos, consolidándolos en el estado de inocencia, y de santidad que gozan. Por tanto se llama este Sacramento pan de los Angeles, y el trigo de los escogidos; porque ellos estan hartos en el cielo del pan que nos alimenta en la tierra, y porque participan sin la menor interrupcion del festin, que es nues-



tro consuelo en este valle de lágrimas. Este es para la Iglesia de la tierra el mayor de sus privilegios, siempre que ofrece este Sacrificio, y distribuye este Sacramento. El humo de esta oblacion sube hasta el trono sublime del cielo: los cánticos de la tierra resuenan hasta en las bóvedas de la eternidad, y se forma una armonía de deseos, y se establece una comunión de homenajes y de oraciones que estrecha y asocia el cielo con la tierra, la mansion de las lágrimas y de los combates, con el lugar de las victorias y de los triunfos; y el Cordero inmolado desde el origen del mundo, es según la expresión del discípulo muy amado, la luz que ilumina en todas partes al mismo tiempo, la Cuidad de Dios viva, y la Jerusalem de la tierra. Bienaventurado el Cristiano, que penetrado de este sentimiento se persuade que adora con los Angeles, que ruega con los escogidos, y que está sentado en la tierra en un banco que en el cielo es el objeto de su eterna felicidad.

Este es un Sacrificio de refrigerio y de expiación para las almas del purgatorio. Privadas del consuelo de ofre-

cerle con nosotros, no lo están de gozar de sus frutos. Dios había manifestado en la ley antigua sus designios de misericordia sobre estas almas, quando mandaba al Sacerdote que tomase dos palomas, y que derramando la sangre de la una sobre la cabeza de la otra, fuese ésta la señal de su libertad. Todos los días corre esta sangre desde nuestros altares hasta el lugar de su penitencia: todos los instantes vuelan á la mansion eterna las almas purificadas por esta efusion expiatoria; y si alguna ne ha purgado todavía sus pecados, y se ve destinada por la mano de Dios á este lugar de penitencia, nos grita sin cesar, diciendo: amigos míos, dadme testimonios de vuestra sensibilidad y compasion; pero no esos testimonios estériles que aquejan á los infelices sin aliviarlos: nuestro común Libertador nos espera en el Altar: aquí podéis abrir esas fuentes, cuyas aguas purificantes extinguirán las llamas que nos consumen, apagarán la sed que nos devora, lavarán nuestras manchas y nos harán los objetos de las delicias de un Dios, que nos mira todavía con ojos de justicia; pe-



ro que no ha olvidado que somos sus hijos, y que sois nuestros hermanos.

Pero dexemos para otra Instruccion la continuacion de esta materia, y empecemos á sacar de la meditacion de esta primera verdad una conseqüencia que servirá para animar nuestra fé; y es que un Sacrificio que reune tantas grandezas y tantas ventajas, exige de todo el que le presencia el respeto mas profundo, el reconocimiento y el amor mas perfecto.

Dignaos, Señor, de formar en nosotros estas disposiciones, dignaos aumentarlas á medida que conozcamos la excelencia de esta oblation, para que sea para nosotros el Sacramento de la salvacion eterna. Así sea.

## INSTRUCCION SEGUNDA

S O B R E

LA MATERIA ANTECEDENTE.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS, cap. 9. v.  
11. 12.

*Jesu Cristo, Pontífice de los bienes venideros, por otro mas excelente y perfecto Tabernáculo, entró una sola vez en el Santuario.*

NUNCA diríamos bastante si, á exemplo del Apóstol San Pablo, quisiésemos comparar los caracteres del antiguo culto con los del culto nuevo: las prerogativas del testamento dado por Moysés, con las ventajas de la alianza hecha con Dios por Jesu Cristo: el mérito de los Sacrificadores de una ley de muerte, con el poder del sacerdote de la ley de Gracia; y el precio de las víctimas carnales, con la eficacia de

TOM. I.—D